

el bien supremo, o sea, la felicidad, sino con los bienes particulares, los cuales tienen razón de medios. Y por lo tanto el hombre a este respecto no obra necesaria sino libremente." (I, II, 13, 6.)

Si se negara la libertad en el hombre, tendría que concluirse que éste obra ciegamente como las leyes mecánicas, físicas y químicas de la naturaleza; perdería el dominio sobre sus actos, y por lo tanto no le sería imputable ninguna consecuencia por aviesa o pérfida que se le suponga. Negada la imputabilidad, desaparecería también la razón del mérito y demérito, de lo bueno y de lo malo, del premio y del castigo, y se aniquilaría la razón de la moralidad. "Otez la liberté, toute la vie humaine est renversé; il n'y a plus aucune trace d'ordre dans la société. Si les hommes ne sont pas libres dans ce qu'ils font de bien et de mal, le bien n'est plus bien et le mal n'est plus mal. Si une nécessité inévitable et invisible nous fait vouloir tout ce que nous voulons, notre volonté n'est pas plus responsable de son vouloir qu'un ressort de machine n'est responsable du mouvement qui lui est inévitablement et invisiblement imprimé... Otez la liberté, vous ne laissez sur la terre ni vice, ni vertu, ni mérite. Le récompenses son ridicules et les châtiments sont injustes et odieux." (Fénelon, Lettres sur différents sujets de la métaphysique et de la religion.)

Es un hecho evidente, pues, la existencia de la libertad en el hombre. La niegan sólo quienes tienen algún interés en ello, especialmente por motivos religiosos, o más claramente, porque intentan ahogar la voz de su propia conciencia que les lacera el alma y los reprocha continuamente por causa de sus obras malas. Pero es vano su intento. La conciencia no ha de callar jamás. El reconocimiento de la propia culpa, la honrada humillación de haber obrado mal, la reparación de los perjuicios que se hubieran podido causar a los demás calman la tempestad del alma pecadora. El mismo Dios Encarnado en la parábola del Fariseo y el Publicano que entraron a orar al templo, nos enseña que la negación de las faltas hace más culpable al individuo, y en cambio las lágrimas sinceras de penitencia y los golpes de pecho del pobre pecador lo purifican delante de Dios.

RAFAEL POMBO

Por HORACIO BEJARANO DIAZ

Rafael Pombo representa en nuestra literatura una época de ella y es el más universal no sólo por los temas tratados, sino porque su obra poética es así para niños, como para jóvenes y hombres maduros.

Romántico por temperamento y por la época en que le tocó vivir, en ningún poeta como en él podría estudiarse a cabalidad el romanticismo en Colombia. Desde los diez años a los setenta y nueve escribió versos con la misma inspiración y entusiasmo y su lira resonó con la misma emoción así en el epigrama como en la oda, de idéntica manera para la fábula que para la elegía, el canto de amor, el poema filosófico o la estrofa popular. Su poesía no ha pasado de moda, pues la anima la inspiración del genio; del mismo modo que los metales preciosos cuyo valor intrínseco es idéntico a pesar de los cambios en la moneda y de las joyas de fantasía.

Lo primero que ocurre anotar en Pombo es su asombrosa fecundidad: ochocientos veinte composiciones escribió en sus setenta y nueve años; de ellas cuatrocientas veinte pueden catalogarse en la lírica; doscientas veintidós en el apólogo y veintinueve en el cuento infantil fuera de ciento cincuenta y ocho traducciones de poetas griegos, latinos, alemanes, franceses, italianos, portugueses y angloamericanos.

Leer a Pombo es adentrarse en un verdadero mar de poesía; así para darnos cuenta de su obra es necesario estudiar en primer lugar la personalidad del poeta para pasar luego a estudiarlo como maestro en la poesía descriptiva, elegíaca, erótica, filosófica, religiosa, popular e infantil y como uno de nuestros grandes traductores.

Rafael Pombo nació en Bogotá el 7 de diciembre de 1833 y falleció en la misma ciudad el 5 de mayo de 1912. Hijo de un ingeniero de ascendencia irlandesa y primo de don Julio Arboleda, se educó en el Seminario Conciliar y en el Colegio del Rosario y recibió el doctorado en ingeniería en el Colegio Militar de Bogotá. Aquí cabe ob-

servar cómo el temperamento poético de Pombo tuvo que sufrir los duros moldes de las matemáticas sólo por complacer a su padre, que menospreciaba en alto grado los menesteres literarios a los que tan aficionado se mostraba su hijo desde los diez años; sin embargo, Pombo fue ingeniero, profesión que solamente ejerció al tomar las armas en 1854 en defensa del gobierno legítimo; al año siguiente partió para Nueva York como Secretario de la legación americana de que era jefe el General Herrán, y cuando éste renunció, actuó como Encargado de Negocios hasta la caída del Gobierno constitucional; entonces se quedó en Estados Unidos por muchos años viviendo modestamente de sus trabajos literarios; de esta época datan sus *Cuentos Pintados* y las mejores de sus obras. En 1905 un grupo de poetas propuso su coronación en el Teatro Colón y realizada esta ceremonia se recluyó en su casa para no volver a salir nunca pues como dice un autor "la coronación equivalió para él a su partida de defunción".

Pombo es, por antonomasia, nuestro poeta romántico. Byron fue su primer modelo y algo de su misantropía aparece en las primeras obras del vate bogotano; después admiró a Lamartine, Longfellow y Bryant, a quienes conoció y trató en Estados Unidos; se ocupó con acierto en aquellos géneros tan característicos del romanticismo como la elegía amorosa, la contemplación descriptiva y la meditación filosófica; amó la naturaleza; tuvo un hondo sentimiento de lo infinito y supo imprimir a sus versos la melodía penetrante y la vibración honda de la estilística romántica que lo convierte en par de Lamartine, de Hugo y de Musset.

Pero, ante todo, Pombo es el poeta del amor; no ha sido superado en nuestra patria ni en el ardor, ni en lo humano, ni en la elevación; la cuerda que más dócilmente vibró en la lira de Pombo es la que expresa los deliquios y tormentas de amor desde *La copa de vino*, poesía caballeresca recitada en Popayán para constituirse en defensor de una mujer envidiada por lo bella hasta su soneto *Abisag* escrito en sus últimos años, cantó a la mujer ardorosamente, dulcemente, ensoñadoramente; y aquí cabe otra anotación: este enamorado del eterno femenino, por cuyos versos cruzan tantas figuras de mujer, este amante eterno, autor de *Noche de diciembre*, *Barcarola*, y *Siempre*, murió célibe; muchos desengaños amorosos debió sufrir, pero al contrario de Leopardi, Musset y Espronceda, al tocar el tema de sus decepciones fue siempre caballeroso con la mujer. Don Luis María Mora dice de Pombo como poeta del amor: "Fue el fuego y la medula del

romanticismo colombiano, más que ningún otro: y si bien se le oyó cantar en todos los tonos; si su entusiasmo por todo lo grande y lo bello no tiene medida; si la religión es su atmósfera y si la patria reina en su alma con los atributos de un numen, es sin embargo, el amor el que suele arrancar los sonos más dulces y a veces más profundos a su laúd encantado. Era el *semper varium et mutabile femina* lo que se insinuaba como un suave aguijón en la sensibilidad del poeta, y no hay quizás ningún trovador de nuestra lengua que haya adivinado todos los infinitos matices de gracia, coquetería y fragilidad que hay en un alma de mujer. Como una suave y embalsamada brisa que inundaba de pasión y ternura todos los espíritus, se escuchaba dondequiera, al son de soñadoras guitarras, las estrofas de Edda:

"Era mi vida el lóbrego vacío;
era mi corazón la estéril nada;
pero me viste tú, dulce amor mío,
y créome un universo tu mirada.

A ese golpe mis ojos encontraron
bella la tierra, el ánima divina,
mundos de sentimiento en mí brotaron
y fue tu sombra el sol que me ilumina."

En los cantos de amor del poeta hay toda clase de ritmos, arpegios y armonías, como en la garganta escondida de una ave del perdido edén, y su alma, como las alas de un colibrí, toma cambiantes reflejos a cada trémulo fulgor con que la pasión la ilumina. A veces sus versos son odas breves como las de Anacreonte; tienen otras el melancólico dejo de las *Noches* de Musset dialogando con las pálidas musas; a veces se percibe en ellos el cínico clamor del *Canto a Teresa*, y en ocasiones lanza un grito tan solemne que hace conmovir todas nuestras fibras, como si asistiéramos a los últimos momentos de un coro de Sófocles."

Leamos algunas estrofas de *Noche de diciembre* que nos describe un momento de expansión de amor a la mujer, rico de imágenes e ideas; en que de lo humano se eleva a lo divino, la musicalidad del verso obedece al pensamiento, en que se expresa todo lo que el hombre puede sentir ante la mujer amada:

Noche como ésta, y contemplada a solas,
no la puede sufrir mi corazón
da un dolor de hermosura irresistible,
un miedo profundísimo de Dios.

Ven a partir conmigo lo que siento,
esto que abrumador desborda en mí;
ven a hacerme finito lo infinito
y a encarnar el angélico festín.

¡Mira ese cielo!... Es demasiado cielo
para el ojo de insecto de un mortal,
refléjame en tus ojos un fragmento
que yo alcance a medir y a sondear.

Hay un silencio en esta inmensa noche
que no es silencio: es místico disfraz
de un concierto inmortal. Por escucharlo,
mudo como la muerte el orbe está.

Déjame oírlo, enamorada mía,
al través de tu ardiente corazón.
Sólo el amor transporta a nuestro mundo
las notas de la música de Dios.

En *Siempre*, al recordar sus amores ya idos, devuelve a la amada envejecida su juvenil belleza en las siguientes estrofas:

"Bien pueden su hojarasca y polvo y hielo
acumular los años sobre ti.
Mi corazón sacude el turbio velo,
y siempre te hallo, ¡oh dádiva del cielo!
Fresca y radiante en mí.

Porque a mí te envió El, y yo he guardado
tu mejor luz en ánfora inmortal,
porque a cosas de Dios morir no es dado,
y eres tú claro espíritu encarnado
el diáfano cristal."

Describe así a *Angelina*:

"Ya el sol de los quince años sonreía
en el rubor de niño de su frente,
y con el alma en gracia todavía
sus formas sospechaban el placer.

Era ídolo de todos, y Dios mismo,
padre celoso, embelesado al verla,
suya, y no de los hombres, quiso hacerla
cuando espigaba entre ángel y mujer."

En el poema *Mi amor* inmortalizó Pombo a una figura femenina, Edda, a quien se llamó la Safo cristiana, poetisa que se hizo célebre en toda la América; el poema interpreta los íntimos sentimientos de una mujer que ama; parece que el nombre y la heroína tienen parentesco con aquella veleda sacerdotisa druídica del libro décimo

de *Los mártires* de Chateaubriand, ídolo de los románticos de ayer y de hoy.

Como poeta filosófico, Pombo nos ha dejado dos muestras en que se revela como maestro en tal género, por la profundidad de sentimientos, la belleza de imágenes y la suavidad de estilo; no podía liberarse este gran romántico de expresar el dolor en una crisis de desesperación a la manera de Leopardi y Lamartine; su alma atormentada produjo ese mar tempestuoso que es la *Hora de tinieblas*, llena de amargura, rebeldía y escepticismo, reflejo del estado de ánimo de quien quiere resolver con sus propias fuerzas el problema del mal, y comprobación de lo dicho por Menéndez y Pelayo: "El poeta en su calidad de tal tiene algo de irresponsable, como los reyes de las constituciones modernas."

La hora de tinieblas tiene sus raíces en la lectura de Byron, Lamartine y Leopardi hechas por un poeta romántico de 23 años además de una grave dolencia física del mismo; sus premisas son el célebre monólogo de Segismundo; pero no con la conclusión providencialista que le da Calderón a su drama, sino con la desesperante amargura de quien ante el enigma de la vida no tiene otro consuelo que la blasfemia.

La hora de tinieblas está escrita en 61 décimas en que no se sabe qué admirar más: si la facilidad de la versificación o la manera tan fluida como toca temas de suyo pesados o la energía del sentimiento. Oigamos unas pocas décimas:

¡He aquí el mundo que a tu acento
vio la hermosa luz del día!
Si fuese mi obra, sería
mi eterno remordimiento:
fue un edén tu pensamiento,
un infierno resultó,
y al hombre que te burló
y audaz tu imagen degrada
no lo vuelves a la nada
cual lo devolviera yo.

¡Qué importa, oh sol, tu esplendor
jugando en mil gayas lumbres
desde las nevadas cumbres
hasta la nítida flor!
¡Qué importa noches de amor
tus cariñosas estrellas!...
¡Ah! tantas cosas tan bellas
que provocando a llorar

parecen hoy extrañar
delicias que vieron ellas!

Gente... y más gente... y más gente
pasa delante de mí,
¡Oh! qué triste es ver así
la humanidad en torrente!
Ignoro cuál es su fuente
y en qué mar se perderá;
mas de cierto juro ya
que en el ser de cada uno
el escozor importuno
de la desventura va.

El recuerdo del placer
es el dolor de su ausencia
y nos duele en su presencia
el tenerlo que perder
un bien que no ha de volver
es un tormento mayor,
y a fin de que su rigor
no diese treguas al pecho,
Dios en el recuerdo ha hecho
la eternidad del dolor

La vida es sueño. ¡Callad,
oh Calderón! estáis loco:
hace veinte años que toco
su abrumante realidad;
yo te palpo ¡iniquidad!
¡Desgracia! no eres fingida,
que si al placer di acogida,
un instante aquello fue;
que en ese instante olvidé
la realidad de la vida.

A los 60 años de edad escribió Pombo un soneto que se considera como su testamento filosófico y que viene a ser la antítesis de la *Hora de tinieblas*; se intitula: *De noche*; es un canto solemne y resignado, lleno de tristeza al realizar una mirada retrospectiva a su vida, de fe en Dios como gobernador del mundo y de esperanza en el más allá; no en vano lleva como epígrafe un pensamiento de Chateaubriand, pues así como en este poema se muestra romántico a lo cristiano, con el autor de *Los mártires*, en su *Hora de tinieblas*, fue romántico a lo pagano, como el padre de Childe-Harold:

No ya mi corazón desasosiegan
las mágicas visiones de otros días.
¡Oh patria! ¡oh casa! ¡oh sacras musas mías!...
Silencio! Unas no son, otras me niegan.

Los gajos del pomar ya no dobligan
para mí sus purpúreas ambrosías;
y del rumor de ajenas alegrías
sólo ecos melancólicos me llegan,

Dios lo hizo así. Las quejas, el reproche
son ceguedad. Feliz el que consulta
oráculos más altos que su duelo!

Es la vejez viajera de la noche;
y al paso que la tierra se le oculta
ábrese amigo a su mirada el cielo.

En *Elvira Tracey*; *Decíamos ayer* y *Melancolía* se nos revela Pombo como poeta del dolor que con sentidos acentos cantó la desolación de su espíritu, las amarguras de su corazón. Del primer poema, elegía a una su amiga muerta al cumplir los quince años, gustemos las últimas estrofas:

Ya de la rosa el tinte pudibundo
murió en su faz; pero en augusta calma
la ilumina un reflejo de otro mundo
que al morir se entreabrió para su alma.

Ya para los sentidos no se enciende
la efímera beldad de arcilla impura;
más, tras de ella, el espíritu sorprende
la santa eternidad de otra hermosura.

Cumplió quince años: ¡ay! edad festiva,
¡más misteriosa y rara, edad traidora!
¡Cuando es la niña para el hombre esquiva,
y a los ángeles férvida enamora!

¡Pobre madre! ¡del hombre la guardaste,
pero esconderla a su ángel no supiste!
¡La vio, se amaron, nada sospechaste,
y en impensado instante la perdiste!

Vio al expirar a su ángel adorado
y abrió los ojos al fulgor del cielo,
y dijo: El sacrificio ha terminado,
¡Ven, vámonos a casa! y tendió el vuelo.

¡Por eso luce tan hermoso el día,
indiferente al llanto que nos cuesta!
Hoy hay boda en el cielo: él se gloria:
¡La patria de la novia está de fiesta!

La lira de Pombo fue tan fecunda y sentida así para la alta lírica como para la poesía familiar; no desdeñó la expresión del alma popular ingenua como nuestras novias campesinas y fresca como las torrentes de nuestras montañas. Muestra de ello nos dejó en su *Torbellino a misa*, *La casa del cura* y *Fonda libre*.

Torbellino a misa, es como dice Gómez Restrepo, "poesía de alborada con su concierto de pájaros, sus alegres fogatas, sus sanos aromas campesinos, con su alegre ritornello que repica convidando a gozar de la vida".

¡Ande el molino
pueda o no pueda
que con su rueda
me engolosino!
¡Qué polvareda,
que remolino,
loca humareda
de amor y vino!

La casa del cura tiene algo de las Doloras de Campoamor, por su sencillez y su cordial abandono:

Ve a la plaza del poblado,
y de la torre al costado
con lisura;
busca la casa de todos
la del cura.

No verás allí esplendor,
que oro no alivia el dolor,
ni es ventura;
pero es la casa de todos
la del cura.

El amor del poeta por las aves, aladas hermanas del solitario cantor en sus últimos años de la casona de *Las Nieves* nos quedó en *Fonda libre*, poesía que tanto estimó Lonfellow y que nos recuerda a Coppee el poeta de los humildes:

¡Venid! no me haréis pobre aunque lo sea
para este mundo aparatero y loco
que solo saborea
la cáscara del fruto bendecido.
Vosotros me enseñáis que con muy poco
uno es feliz y que del pan perdido
sobra para alguien más y un dulce nido.

Yo, parajillo cual vosotros, hijo
de aire y de luz, y por perversa estrella
a tinieblas y polvo condenado,

al ensayar mi vuelo el primer día,
viene a caer inerte y desolado
en extranjera jaula triste y fría.

De Rafael Pombo escribe, con el acierto de siempre, el maestro Rafael Maya:

"Pombo es grande, magnífico, en ocasiones arrebatado, en otras plácido; a veces produce una emoción más pintoresca que honda; frecuentemente nos hace descender a vertiginosas interioridades de su espíritu. Aquí ilumina un retazo del mundo exterior con una de esas pinceladas largas, húmedas y brillantes, que parecen impregnadas de la más íntima sensibilidad del poeta. Más allá nos abre una fría perspectiva sobre las arideces del dolor, de la melancolía o de la muerte, en versos de austeridad casi fúnebre, pero cargados de sobrehumana poesía. Nunca dice cosas vanas, ni fútiles, ni ruidosas. Es el poeta colombiano que recibió con más abundancia los dones de la inspiración, y supo ponerlos al servicio de un pensamiento siempre grande, o de una emoción henchida de religiosidad."

Pombo es maestro en la poesía descriptiva; supo arrancar a la naturaleza paisajes llenos de verdad, de poesía y de vida; con su pincel supo dibujar con vivo colorido cuadros llenos no sólo de exactitud sino comunicarles algo de su alma, pues en este género de poesía el mérito no está tanto en la desnuda descripción de las cosas sino en el sentimiento que se dé a lo contado por el poeta. Con estilo sencillo en la forma, pero elegante en el fondo, rico en imágenes y vigoroso trazó grandes cuadros como *El Valle*, donde formula su credo estético; en *El Niágara*, donde con pinceladas magistrales, superó a Heredia no contentándose tanto en la contemplación del espectáculo, sino en la idea del hombre y su destino, en la muerte de la amada y la ausencia de la madre, elevándose a lo sublime, lo grandioso y lo trágico en versos que no tienen igual en su género.

Oigamos el siguiente fragmento de *Preludio de primavera*, donde después de invitar a la amada a contemplar "el sol resucitado y el milagro de luz que nos rodea", describe la emoción de la luz, del calor y del amor y de la vida junto a quien se ama:

Esta es la luz que pinta los jardines
y en ricas tintas la creación retoca;
la que devuelve al rostro los carmines
y las francas sonrisas a la boca.

Múdanse el cierzo y ábrego enojosos
y andan auras y céfiros triscando
como enjambre de niños bulliciosos
que salen de su escuela retozando.

Naturaleza entera estremecida
comienza a preludiar la grande orquesta,
y hospitalaria a todos nos convida
a disfrutar su regalada fiesta.

Y todos les responden: toda casa
ábrese al sol bebiéndolo a torrentes,
y cada boca al céfiro que pasa,
y al cielo azul los ojos y las frentes.

Al fin soltó su garra áspera y fría
el concentrado y taciturno invierno,
y entran en comunión de simpatía
nuestro mundo interior y el mundo externo.

Como ágil prisionero pajarillo
se nos escapa el corazón cantando,
y otro como él y en verde bosquecillo
en alegre inquietud anda buscando;

o una arboleda cumbre, deslizante
sobre algún valle agreste y silencioso,
desde donde cantar un dueto amante
un Dios tan bueno, un mundo tan hermoso;

una vida tan dulce, cuando al lado
hay otro corazón que nos lo diga
con un cerrar de mano alborozado
o una mirada tiernamente amiga;

un corazón que para el maestro sea
luz de esa vida y centro de ese mundo;
hogar del alma, santa panacea
y abrevadero al labio sitibundo...

Pasemos ahora a Pombo como fabulista. La fábula fue desde la antigüedad un género a la vez narrativo, simbólico y dramático; la cultivaron en Grecia y Roma Esopo y Fedro y en los tiempos modernos Iriarte, Samaniego y Lafontaine; las fábulas de estos tres últimos se fundan en la de los dos fabulistas clásicos y es por ello por lo que Pombo los supera ya que sus creaciones las sacó del medio ambiente y su propio ingenio descuella no sólo en la narración artística sino en el símbolo que envuelven, en la acción del diálogo y en las moralejas que son verdaderamente geniales. Veamos como modelo *El gato guardián*:

Un campesino que en su alacena
guardaba un queso de noche-buena,
oyó un ruidito ratoncillesco
por los contornos de su refresco,
y pronto, pronto, como hombre listo
que nadie pesca de desprovisto,
trájose al gato para que en vela
le hiciese al pilló la centinela;
e hizola el gato con tal suceso,
que ambos marcharon: ratón y queso.

Gobiernos dignos y timoratos:
donde haya quesos no mandéis gatos.

Uno de los méritos de Pombo, quizás el que menos se ha relieveado, es el de poeta de los niños. Tan meritorios como los de Andersen, Perrault y Grimm son los *Cuentos morales* y los *Cuentos pintados* que en la edición de Appleton recorrieron toda la América, deleitando la imaginación infantil: tan populares como *Almendrita*, *Blanca Nieves*, *El gato con botas* y *Barba azul* son *Simón el bobito*, *La pobre viejecita*, *El gato bandido* y *El renacuajo paseador*, cuentos que están volviendo a ser populares merced a la revista Pombo que edita el Ministerio de Educación.

Los cuentos infantiles de Pombo tienen el mérito de estar escritos en verso fácil y propio para grabar en la memoria; no son originales del autor sino traducidos y adaptados de originales ingleses; "pero la adaptación fue de tal clase, dice don Antonio Gómez Restrepo, que les dio nueva vida y se los apropió por derecho de conquista" *Rin-Rin Renacuajo*, *Michín* y *Pastorcita* tienen la misma entidad para las mentes infantiles que *Caperucita Roja*, *Ratón Pérez* y *La Cenicienta*; recuérdese si no el bello poema de José Asunción Silva: *Crepúsculo*, y a este propósito no podemos menos que citar una sentida composición de Isabel Lleras de Ospina, *Evocación*, ganadora de un concurso en el primer centenario del nacimiento del poeta de los niños.

El pasado, la infancia: la abuelita relata
a los nietos los cuentos que pidieron en coro,
y a la luz de la lámpara mis cabellos son oro,
y a la luz de la lámpara sus cabellos son plata.

Un turbión de preguntas al final se desata:
¿quién guardó de la pobre viejecita el tesoro?
Cuando el gato bandido, enjugando su lloro,
el perdón solicita, ¿lo perdona la gata?



Y a las pobres ovejas, ¿quién sus colas les trajo?
Cuando ve que no vuelve el Rin-Rin Renacuajo,
abuelita, ¿no sale a buscarlo la rana?

Y ella a todos responde con su voz temblorosa,
mientras besan sus labios mis mejillas de rosa:
esta noche ya es tarde, te lo cuento mañana.

Personajes de cuentos que escuchara mi oído,
en las noches lejanas del alegre pasado;
personajes que vienen con frecuencia a mi lado,
personajes diversos que en mi ser he sentido.

Porque en mil veces dentro de mí misma he sentido
aunque a todos se lo haya con empeño ocultado,
del Rin-Rin Renacuajo el audaz desenfado
y el valor petulante de Michín el bandido.

Cuando no se realiza lo que sueña mi mente,
lloro con amargura desconsoladamente,
cual lloraba la pobre, la gentil partorcita;

y si cambia la suerte, y ese sueño coronó,
ya no gozo con ello y otro triunfo ambiciono,
porque soy inconstante como la viejecita.

Algún autor antiguo decía “que es más difícil traducir lo ajeno que componer lo propio”. La traducción exige profundos conocimientos gramaticales y literarios, pues cada idioma tiene su propia riqueza así de expresiones como de ideas.

Pombo con Caro, Arciniegas, Castillo, Valencia y López Narváez, llevan el cetro de nuestros traductores. Al leer las versiones que este coloso de la traducción hizo de idiomas antiguos y modernos se tiene la impresión de que no se trata de una traslación ajena sino de poesía propia y original. Léanse para comprobarlo algunas traducciones de Hugo, Lamartine, Goethe, Byron, Virgilio y Horacio. Como era natural a un poeta romántico de su estirpe se sintió atraído desde su juventud por los grandes maestros del romanticismo, se identificó con su alma y con sus modos de sentir y de expresarse; por ello las traducciones de Childe-Harold, de *El poeta moribundo*, de *Evangelina*, de *La balada de Mignon*, de *La tristeza de Olimpio* y de *Excelsior* conservan el vigor artístico total de los originales.

Ya en su edad madura dedicó los momentos de calma de una grave dolencia para traducir a Horacio en versiones “atrevidas, audaces, voluntariosas que mezclan un sabor fresco al añejo aroma de las ánforas latinas”. Tanto fue su éxito como traductor del poeta de Ve-

nusa que Menéndez y Pelayo dijo de ellas: “No las hay más valientes ni atrevidas en nuestra lengua” y declaraba a Rubio y Lluich su alegría porque su *Horacio en España* hubiera dado ocasión a producirlas.

Leamos para finalizar la traducción de la balada de Mignon que aparece al comienzo del Libro IV del Guillermo Meister de Goethe:

¿Conoces tú la tierra que al azahar perfuma
do en verde oscuro brillan naranjas de oro y miel,
donde no empaña el cielo caliginosa bruma
y entrelazados crecen el mirto y el laurel?

¿No la conoces? dime. Es allí, es allí
donde anhelo ir contigo
a vivir junto a ti.

¿Conoces tú el palacio que un rey pomposo habita,
con pórtico y salones que alumbra tanta luz,
y príncipes de mármol, que al verme: “¡Pobrecita!
Diránme: ¿qué te has hecho?, ¿de dónde vienes tú?”

Es allí, es allí
do quiero estar contigo
a vivir junto a ti.

¿Conoces tú aquel monte que une al abismo un puente,
que escalan las acémilas en lenta procesión,
donde retumba el trueno e hidrónico el torrente
se precipita altísimo con resonante son?

¿Conóceslo, oh maestro? Por ahí, por ahí
anhelo irme contigo
a vivir junto a ti.